

TROVAS

(1910)

I

TÚ

Doncella cabal,  
en tiempo vernal,  
cuanto hermosa, pura;  
mujer idéal  
de cabal hechura;

Virtud, que persuades;  
Amor, que extasías;  
fuente de bondades,  
fuente de alegrías :

un buen trovador,  
prendado de ti,  
va á cantar aquí  
sus trovas de amor.

Endechas así  
rima el ruiseñor,  
sin mejor fortuna;  
cánticos de amor  
á la blanca Luna.

Quizás porque sabe  
que suspira en vano  
por la Luna el ave;  
quizás porque dice  
su amor infelice  
sin gran esperanza,  
tiene más encanto;  
más favor alcanza,  
del Mundo, su canto.

¡Quién la voz hubiera  
de un buen trovador!  
¡Quién, los dulces trinos,  
tan dulces, tan finos,  
de algún ruiseñor!

Porque, tú, mereces  
el himno más bello,  
cantado mil veces.  
Tú, que te apareces  
cual himno radiante,  
por Dios encarnado;  
trémulo, vibrante,  
por gracia del Hado;  
cual otra ninguna.  
canción amorosa.  
Tú, sin mancha alguna;

virginal, hermosa.  
Flor del mundo : ¡rosa!  
Flor del cielo : ¡Luna!

Son estrofas bellas  
en himno tan grato,  
— ¡cuán felices ellas!, —  
las tus gracias puras;  
cuantas son en ti,  
gracias y finuras,  
leves, seductoras,  
que en felices horas  
sueño para mí.  
Todos los encantos  
de tu cuerpo grácil.  
— ¡Oh, cuántos y cuántos! —  
Estrofas que aun tienen  
valor más crecido,  
porque guardan todas  
— hasta el gran momento  
de tus nobles bodas —  
su oculto sentido.

*Toda tú* me encantas,  
con tantas y tantas  
estrofas tan bellas;  
— ¡cuán felices ellas!; —  
con tantos y tantos  
primores y encantos...  
— ¡Oh, cuántos y cuántos! —  
Tú, que no concibes  
sin gozo la vida.  
Tú, que sólo vives

la vida florida.  
 Tú, que en la fontana  
 tan risueña y pura,  
 copias, tan ufana,  
 tu gentil figura,  
 mientras va pasando  
 por el cielo azul,  
 con vuelo tan blando,  
 — sus senos velando  
 con airoso tul, —  
 también primorosa,  
 preciosa, galana,  
 la feliz Mañana,  
 de color de rosa.  
 Tú, gentil dechado  
 de la gentileza,  
 por gracia del Hado;  
 símbolo radiante  
 de toda belleza,  
 para todo amante.

Las trovas escuchá  
 del buen trovador.  
 Que sufre. Que lucha  
 con males de amor.  
 Aquí, donde fuiste  
 sol de nuevo día;  
 donde sufro, triste,  
 sin bien de alegría,  
 mi voz las concierto.  
 Por la linda huerta.  
 Por el campo agreste.  
 Junto al arroyuelo

del agua celeste...  
 por gracia del Cielo.

Las oye, Señora  
 jovial y hechicera  
 de un alma que implora.  
 Las oye, siquiera.

II

TU AROMA

Por ser flor hecha de flores,  
las mejores,  
tienes aroma también.  
Un aroma singular,  
que difundes al pasar...  
¡Un aroma todo bien!

¿De púdica flor? ¿De fruto,  
que el tributo  
da de su olor al ambiente?  
¿De verdé mata, fragante,  
arraigada en la vertiente  
de recio monte, gigante?

¿Es perfume que el mortal  
ya gustó?  
¿De jardín? ¿De matorral  
serrano? ¿De huerto? No.

No la esencia de la rosa  
 vanidosa;  
 repartida,  
 difundida  
 por el aire del vergel.  
 No fragancia del clavel.  
 ¡Del clavel, tan español!  
 ¡Flor de tan notable suerte!  
 ¡Rayo risueño del Sol  
 que en flor la tierra convierte!  
 No el aroma regalado  
 del jazmín,  
 puro aliento de un jardín  
 ensoñado.  
 No el aroma  
 — tan gustoso — del membrillo  
 tan oliente.  
 De la poma  
 reluciente.  
 Del tomillo,  
 tan rústico, tan sencillo.  
 Del romero,  
 si montaraz lisonjero.  
 Ni el perfume que derrama  
 por un aire puro, sano,  
 tan serrano,  
 la retama.

¿Mucho más?  
 ¿Algo menos?  
 Un aroma que es, quizás,  
 el mejor entre los buenos.  
 ¡Y qué es tu olor, además!

Olor de muchos olores  
 finos y puros; cual eres  
 flor de flores;  
 flor de las flores mejores,  
 ¡entre todas las mujeres!

Aroma, limpio de mal,  
 de tu sér angelical;  
 que trasciende á juventud,  
 y á salud.  
 ¡Á vida primaveral!  
 ¡Y á virtud!

III

TU CARA

Jardín es tu cara.  
Jardín en que riñen  
competencia rara,  
dos flores sencillas:  
dos rosas.  
En sendas, preciosas  
mejillas.

Cielo, por tus ojos;  
estrellas,  
que inspiran antojos  
por bellas.

Por el lindo y breve  
lunar, en semblante  
de rosa, de nieve...  
¿qué será, mi amada?  
¡La Gloria soñada!

IV

TUS RIZOS

La Aurora te dió el color  
de tus rizos,  
y todo el fresco primor  
de sus primores y hechizos.

Blondos rizos, en cabellos  
tentadores;  
de finísimos colores,  
de purísimos destellos.  
Donde se mecen las rosas.  
¡Tan gozosas!  
¡Como nacidas en ellos!  
Al amor  
de jardín tan seductor.

Cuál prendiera mis suspiros,  
—¡oh, sus giros!,—  
en curvas tan caprichosas,

si posara yo mis besos,  
— ¡oh, mis largos embelesos! —  
donde prendes tú mis rosas.

¡Oh, los besos, en hechizos  
tentadores!  
¡Oh, las flores,  
entre besos y entre rizos!

## V

## TU FRENTE

Bendiga Dios la tu frente,  
blanca y pura.  
Su tersura.  
La del mármol reluciente.  
Sus tonos, del nácar fino.  
Su nobleza.  
Su conjunto peregrino.  
Bendiga tanta belleza,  
de continuo.

La tu frente despejada  
sólo puede cobijar  
la morada  
del más honesto pensar.  
El que suele delatar,  
á mis ojos, tu mirada.

La tu frente,  
que ampara tus pensamientos;  
que en tu mente  
decidirán, prontamente,  
de mis osados intentos.

¡Ah, tu frente, virginal!  
¡Quién el bien me anticipara,  
curación de tanto mal!  
¡Quién la hiciera toda clara!  
¡De cristal!

## VI

## TUS OJOS

Tus ojos claros, serenos,  
profundos, maravillosos,  
celestes, supraterranos,  
son buenos de puro hermosos,  
y hermosos de puro buenos.

Ojos de dulce mirar.  
Ojos de ninfa del mar.  
Que tienen, del mar, colores,  
transparencias, resplandores...  
Del mar azul, al que adornan  
rayos que ciegan y abrasan,  
luces que pasan y tornan,  
chispas que tornan y pasan,  
del oro dentro el crisol;  
del brillo del tornasol,  
con tanto y tanto cambiante;  
del carmín del girasol;

del fuego del arrebol,  
cuando surge por Levante,  
rutilante,  
la roja cara del Sol.

Es luz del Sol, en Oriente,  
—viva contra toda nube,—  
la clara luz, en creciente,  
que á tus claros ojos sube,  
desde el fondo de tu sér;  
luz, de risueño brillar,  
que en tus ojos ha de ser  
como la luz sobre el mar;  
pues tus ojos seductores  
y las olas de los mares,  
—cuando lucen los mejores,—  
han unos mismos colores  
singulares.

¡Luz del alma, que se asoma  
á tus pupilas, en calma,  
y que en tus pupilas toma  
la fiel expresión del alma!

Por eso: porque seducen  
con tan pura seducción  
tus claros, tus lindos ojos;  
por eso: porque traducen  
tan bondadosa expresión,  
sin cuidados, sin enojos,  
sin jactancia, sin traición,  
no son lindos solamente,  
bajo el cielo de tu frente.  
¡Buenos son!

Con obligada bondad.  
Pues reflejan tu sentir,  
todo virtud, castidad.  
En plena felicidad.  
¡En apacible vivir!...

¡Ah, tus ojos; tan serenos,  
profundos, maravillosos,  
celestes, supraterranos;  
tan buenos de puro hermosos,  
si hermosos de puro buenos!

¡Ah, sus hermosas miradas,  
adoradas!...

¡Celestiales!

¡Rayos del Sol, á raudales!  
¡Fuesen centellas, mortales  
para mí! ¡Con qué alegría  
moriría!

¡Puñales fuesen! ¡Puñales!  
¡En ellos me clavaría!

VII

TU BOCA

Es tu boca, fresca y linda,  
— con matices de granadas  
  desgarradas,  
con turgencias de la guinda, —  
manantial de carcajadas;

  dulce nido,  
  bien templado,  
donde tienes en olvido  
— ¡cuánto pájaro dormido!, —  
mucho beso codiciado.

Mientras dudas, caprichosa,  
si has de darme vida ó muerte,  
  como Diosa  
que dispones de mi suerte,

guarda bien — ¡con gran cautela! —  
tan riquísimo tesoro.

Vela y vela,  
por el bien que tanto imploro.

Y en el punto que decida  
de mi vida,  
si no adviertes — en verdad,  
que he de ser correspondido,  
no despiertes — por piedad,  
á tus besos, en su nido.

## VIII

## TU VOZ

No resuena fuente  
más hermosamente  
que tu voz resuena.  
Tu voz, que enajena.  
Tu voz encantada,  
regalo de un Hada  
muy buena.  
Tu voz de Sirena.

Tu acento  
transmite contento,  
ventura,  
dulzura...  
Tu acento, murmullo  
del agua más pura  
de todas; arrullo  
de intensa ternura.

No tiene más finos  
sones peregrinos,  
con notas diversas,  
un fino cristal;  
en láminas tersas,  
un rico metal.  
Notas más lucidas  
algún ruiseñor,  
en sus más sentidas  
endechas de amor.

Cuando Amor inspire  
tan feliz acento;  
cuando Amor suspire,  
con él, de contento;  
cuando Amor te prenda  
de la blanca mano,  
porque el tuyo aprenda  
la cabal leyenda  
del amor humano,  
por tan gran victoria  
cantarán las aves,  
himnos tan süaves  
que suenen «á gloria»;  
los céfiros todos  
dirán tus encantos,  
por amables modos,  
en jocundos cantos;  
la fontana aquélla  
que copió mil veces  
tu figura bella,  
con agrado tal,  
cantará en tu honor

un encantador  
fresco madrigal.

Y el Sol, en su altura,  
viendo la ventura  
de tal regocijo,  
frunciendo la frente,  
se dirá de fijo,  
— socarronamente,  
con jovial humor: —  
«¿Quién será la hermosa  
que al fin es dichosa  
por ley del Amor?»

IX

TU CUELLO

Vale tu cuello por sí.  
Por ser cuello de mujer  
tan hermosa. Por tener  
contornos que nunca vi.

Por ser perfección en ti,  
que dejas en parte ver.  
Pero aún tiene más poder  
de seducción para mí.

Por ser la muestra mayor  
de la fortuna cabal.  
Porque, cual tallo de flor,

yergue, con aire triunfal,  
el más excelso primor :  
¡tu cabeza virginal!

X

TUS FLORES

El ramo aquel de jazmines,  
— estrellas en sus jardines —  
que murió sobre tu pecho,  
satisfecho,  
fué dichoso.

Sintió, de tu pecho casto,  
la ternura y el reposo;  
la firme palpitación  
de tu joven corazón,  
tan rítmica, tan callada.

Por efecto  
de tu vivir, tan perfecto;  
de tu dicha sosegada.

— Fué dichoso, con ventura  
que en vano codiciaría.  
¡Grande, suprema alegría!  
Aun durando lo que dura  
la dicha mayor : un día.

Paz disfrutó del Edén,  
 sintiendo calor süave.  
 Gozó del íntimo bien  
 que el nido presta — sostén  
 y hogar venturoso — al ave.  
 Vivió muy cerca de ti  
 sus últimas horas breves;  
     conque así  
 dulces le fueron, y leves.  
 Y al cabo, cuando murió,  
 con sus flores deshojadas,  
     mereció  
 la piedad de tus miradas.

Duele menos duro fin  
 al fin de seguro bien.  
 Por eso, lo dije: *¡Quién  
 hubiera sido jazmín!*

## XI

## TU MANO

Tu mano primorosa  
 luce compendio breve  
 del color de la nieve  
 y el matiz de la rosa.

¡Cuál vuela!... ¡Cuál se posa  
 sobre tu rostro, leve!  
 Tu capricho la mueve  
 y es por ti caprichosa.

Ve que á ciegas camino.  
 Que espero, de mi Sino,  
 mi salvación en vano.

¡Sálvame, Reina mía!  
 ¡Sé mi sostén, mi guía!  
 ¡Llévame de tu mano!

## TU ANDAR

Se mueve tan airosa  
tu clásica figura;  
con una tan hermosa,  
gentil desenvoltura,  
que al verte por el mundo,  
— y en tanto lo poetizas, —  
dijera... no que marchas...  
¡Y sí que te deslizas!

Con un impulso leve,  
de céfiro bondoso,  
que rompe, si te mueve,  
por modo peregrino,  
tu clásico reposo.  
Con un andar de pájaro  
que va á subir al cielo.  
¡Con un andar que anuncia  
que va á pasar á vuelo!

¡Qué noble gentileza  
la tuya, tan garbosa!  
Que nace modelando  
los pies en que reposa  
tan clásica belleza,  
gozosa de su vida,  
y alcanza á la cabeza  
tan noble, tan erguida;  
con esos rizos rubios;  
con esa blanca frente  
de Reina del Oriente;  
con esos ojos claros  
que brillan y se apagan;  
que brillan, pronto, luego  
con más hermoso fuego...  
¡Lo mismo que los faros!

¡Qué puros, tus contornos!  
¡Qué finos, qué gentiles!  
¡Qué porte, que embelesa,  
tu porte... de Princesa  
de cuentos infantiles!

Figura tan llevada  
por leve movimiento;  
que tal donaire luce,  
que tal primor encierra,  
no va por su elemento,  
pisando, sobre tierra.

¡Sin duda! Debería  
cruzar por el ambiente,  
sutil, airosamente,

dorada por el día...  
¡Con toda su admirable,  
sublime gallardía!

Cruzar los aires vanos  
de noche... Por las nieblas  
de mágica laguna.  
Que entonces la ofreciesen  
bruñidos pasamanos,  
tendidos por los aires,  
los rayos de la Luna.  
Que en ellos, á lo sumo,  
sus manos apoyara...  
¡Tan leve! ¡Tan hermosa!  
¡Tan púdica!... ¡Tan clara!

¡Mi Diosa! ¡Luna rosa,  
de rayos tan risueños,  
que inspira mis ensueños  
en noches de fortuna!...  
¡Mi Diosa! ¡Más esbelta  
que un rayo de la Luna!

## ENVÍO

Doncella gentilísima,  
blanquísima, purísima;  
mi rubio Sol, Estrella  
que tanta luz destella;  
¡la Estrella de mis cielos! :  
escucha, por vez última, la voz de mis anhelos.  
Y acaben ya mis cantos,  
¡oh, virgen! ¡Oh, compendio de encantos y de encantos!

Con todas mis idéas más puras y mejores;  
con todos los afanes, con toda la pasión  
de todos mis ensueños de glorias y de amores,  
formara fresco ramo, bellissimo, de flores;  
un ramo que pusieras en flores de tu seno,  
con íntima emoción;  
allí donde palpita, con ritmo tan sereno,  
tu joven corazón.

Mis trovas, mis idéas más puras y mejores;  
mis ansias de venturas, la férvida pasión  
de todos mis ensueños de glorias y de amores,

las diera por un ramo, bellissimo, de flores,  
si tú lo colocarás en flores de tu seno,  
con íntima emoción;  
allí donde palpita, con ritmo tan sereno,  
tu joven corazón.

## CANTARES

(1909)